

Romancero viejo

Contenido

1. Romances históricos
2. Romances fronterizos
3. Romances líricos
4. Romances novelescos

1.- ROMANCES HISTÓRICOS

Romance del rey don Pedro el cruel

Por los campos de Jerez
a caza va el rey don Pedro;
en llegando a una laguna,
allí quiso ver un vuelo.
Vido volar una garza, 5
disparóle un sacre nuevo,
remontárale un neblí,
a sus pies cayera muerto.
A sus pies cayó el neblí,
túvolo por mal agüero. 10
Tanto volaba la garza,
parece llegar al cielo.
Por donde la garza sube
vio bajar un bulto negro;
mientras más se acerca el bulto,
15
más temor le va poniendo,
con el abajarse tanto,
parece llegar al suelo,
delante de su caballo,
a cinco pasos de trecho; 20
De él salió un pastorcico,
sale llorando y gimiendo,
la cabeza desgrena,
revuelto trae el cabello,
con los pies llenos de abrojos 25
y el cuerpo lleno de vello;
en su mano una culebra,
y en la otra un puñal sangriento;
en el hombro una mortaja,
una calavera al cuello; 30
a su lado, de traílla,
traía un perro negro,
los aullidos que daba
a todos ponían gran miedo;
y a grandes voces decía: 35
-Morirás, el rey don Pedro,
que mataste sin justicia
los mejores de tu reino:
mataste tu propio hermano,
el Maestre, sin consejo, 40
y desterraste a tu madre,
a Dios darás cuenta de ello.
Tienes presa a doña Blanca,
enojaste a Dios por ello,
que si tornas a quererla 45

darte ha Dios un heredero,
y si no, por cierto sepas
te vendrá desmán por ello;
serán malas las tus hijas
por tu culpa y mal gobierno, 50
y tu hermano don Enrique
te habrá de heredar el reino;
morirás a puñaladas,
tu casa será el infierno.
Todo esto recontado, 55
despareció el bulto negro.

Romance del rey don Sancho

«¡Guarte, guarte, rey don Sancho,
no digas que no te aviso
que de dentro de Zamora un
alevoso ha salido,
llámase Vellido Doifos,
hijo de Dolfos Vellido,
cuatro traiciones ha hecho,
y con ésta serán cinco;
si gran traidor fue el padre,
mayor traidor es el hijo.»
Gritos dan en el real:
«¡A don Sancho han mal herido,
muerto le ha Vellido Dolfos,
gran traición ha cometido!»
Desque le tuviera muerto,
metióse por un postigo,
por las calles de Zamora
va dando voces y gritos:
«Tiempo era, doña Urraca,
de cumplir lo prometido.»

Romance de la Jura de Santa Gadea y destierro del Cid

En Santa Gadea de Burgos,
do juran los hijosdalgo,
allí toma juramento
el Cid al rey castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
Las juras eran tan fuertes
que al buen rey ponen espanto:
-“Villanos te maten, rey,
villanos, que no hidalgos;
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos.
Mátente con agujadas,

no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas,
que no zapatos con lazos;
capas traigan aguaderas,
no de contray ni frisado;
con camisones de estopa,
no de holanda ni labrados;
vayan cabalgando en burras,
no en mulas ni caballos;
frenos traigan de cordel,
no de cueros fogueados;
mátente por las aradas,
no por villas ni poblados,
y sáquente el corazón
por el siniestro costado,
si no dices la verdad
de lo que te es preguntado:
Si tú fuiste o consentiste
en la muerte de tu hermano.”
Jurado tiene el buen rey
que en tal caso no es hallado;
pero con voz alterada
dijo muy mal enojado:
-“Cid, hoy me tomas la jura
después besarme has la mano.”
Respondiérale Rodrigo
como hombre muy enojado:
-“Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.”
-“Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me estés más en ellas
desde este día en un año.”
-“Que me place -dijo el Cid-,
que me place de buen grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado:
tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.”
Ya se despide el buen Cid
sin al rey besar la mano,
con trescientos caballeros,
esforzados hijosdalgo.
Todos son hombres mancebos,
ninguno hay viejo ni cano;
todos llevan lanza en puño
con el hierro acicalado

y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.
Por una ribera arriba
al Cid van acompañando;
acompañándolo iban
mientras él iba cazando.

Romance del desafío de los Infantes de Carrión

Yo me estando en Valencia,
en Valencia la mayor,
buen rey, vi yo vuestra seña
y vuestro honrado pendón.
Saliera yo a recibirle
como vasallo a señor.
Enviástesme una carta
con un vuestro embajador:
que yo diese las mis hijas
a los condes de Carrión.
No quería Jimena Gómez,
la madre que las parió.
Por cumplir vuestro mandado
otorgárselas yo.
Treinta días duran las bodas,
treinta días, que más non;
y un día, estando comiendo,
soltárase un león.
Los condes eran cobardes,
luego piensan la traición:
pidiéranme las mis hijas
para volver a Carrión.
Como eran sus mujeres,
entregárselas yo.
¡ Ay, en medio del camino,
cuán mal paradas que son!
Hallólas un caballero,
¡dése Dios el galardón!,
a la una dio su manto,
y a la otra su ropón.
Hallólas tan mal paradas,
que de ellas hubo compasión.
Si el escudero quisiera,
los condes cornudos son.
Allí respondieran los condes
una muy mala razón:
- Mentides, el Cid, mentides,
que non éramos traidores.
Levantóse Pero Bermúdez,

el que las damas crió,
y al conde que esto hablara
diole un gran bofetón.
Allí hablara el rey,
y dijera esta razón:
- Afuera, Pero Bermúdez,
no me revolváis quistión.
- Otórganos campo, rey,
otórganoslo, señor,
que con muy gran dolor vive
la madre que las parió.
Ya les otorgaba el campo,
ya les partían el sol.
Por el Cid va Nuño Gustos,

hombre de muy gran valor;
con él va Pero Bermúdez
para ser su guardador.
Los condes, como lo vieron,
no consienten campo, non.
Allí habla el buen rey,
bien oiréis lo que habló:
- Si no otorgáis el campo,
yo haré justicia hoy.

Allí hablara un criado
de los condes de Carrión:
- Ellos otorgan el campo
mañana en saliendo el sol.
Allí hablara el buen Cid,
bien oiréis lo que habló:
- Si quieren uno a uno,
o si quieren dos a dos:
allá va Nuño Gustos,
y el ayo que las crió.
Dijo el rey: - Pláceme, Cid,
y así lo otorgo yo.

Otro día de mañana
muy bien les parten el sol.
Los condes vienen de negro,
y los del Cid de color.
Ya los meten en el campo,
de vellos es gran dolor;
luego abajaban las lanzas,
¡cuán bien combatidos son!
A los primeros encuentros,
los condes vencidos son,
y Gustos y Pero Bermúdez
quedaron por vencedores.

Romance de don Rodrigo de Lara

A cazar va don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara;
con la gran siesta que hace,
arrimándose ha a un haya,
maldiciendo a Mudarrillo,
hijo de la renegada,
que si a las manos le hubiese,
que le sacaría el alma.
El señor estando en esto,
Mudarrillo que asomaba:
- Dios te salve, caballero,
debajo la verde haya.
- Así haga a ti, escudero,
buena sea tu llegada.
- Dígame tú el caballero
¿cómo era la tu gracia?
- A mí dicen don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara,
cuñado de Gonzalo Gustos,
hermano de doña Sancha;
por sobrinos me los hube
los siete infantes de Salas.
Espero aquí a Mudarrillo,
hijo de la renegada;
si delante lo tuviese,
yo le sacaría el alma.
- Si a ti dicen don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara,
a mí Mudarra González,
hijo de la renegada,
de Gonzalo Gustos hijo,
y alnado de doña Sancha;
por hermanos me los hube
los siete infantes de Salas:
tú los vendiste, traidor,
en el val de Arabiana;
mas si Dios a mí me ayuda,
aquí dejarás el alma.
- Espérame, don Gonzalo,
iré a tomar las mis armas.
- El espera que tú diste
a los infantes de Lara:
aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

2.- ROMANCES FRONTERIZOS

Romance de Álor la bien cercada

Álor, la bien cercada,
tú que estás a par del río,
cercote el adelantado
una mañana en domingo,
con peones y hombres de armas
5
hecho la había un portillo.
Viérades moros y moras
que iban huyendo al castillo;
las moras llevaban ropa,
los moros, harina y trigo. 10
Por encima del adarve
su pendón llevan tendido.
Allá detras de una almena
quedádose ha un morillo
con una ballesta armada 15
y en ella puesta un cuadrillo.
Y en altas voces decía
que la gente lo ha oído:
-¡Treguas, tregua, adelantado,
que tuyo se da el castillo! 20
Alzó la visera arriba,
para ver quié lo había dicho,
apuntáralo a la frente,
salídole ha el colodrillo.
Tómale Pablo de rienda, 25
de la mano Jacobico,
que eran dos esclavos suyos
que había criado de chicos.
Llévanle a los maestros,
por ver si le dan guarido. 30
A las primeras palabras
por testamento les dijo
que él a dios se encomendaba
y el alma se le ha salido.

La mañana de San Juan...

La mañana de San Juan
al tiempo que alboreaba,
gran fiesta hacen los moros
por la Vega de Granada.
Revolviendo sus caballos 5
y jugando de las lanzas,
ricos pendones en ellas
broslados por sus amadas,
ricas marlotas vestidas
tejidas de oro y grana. 10
El moro que amores tiene
señales de ello mostraba,
y el que no tenía amores
allí no escaramuzaba.
Las damas moras los miran 15
de las torres del Alhambra,
también se los mira el rey
de dentro de la Alcazaba.
Dando voces vino un moro
con la cara ensangrentada: 20
-Con tu licencia, el rey,
te daré una nueva mala:
el infante don Fernando
tiene a Antequera ganada;
muchos moros deja muertos, 25
yo soy quien mejor librara;
siete lanzadas yo traigo,
el cuerpo todo me pasan;
los que conmigo escaparon
en Archidona quedaban. 30
Con la tal nueva el rey
la cara se le demudaba;
manda juntar sus trompetas
que toquen todas el arma,
manda juntar a los suyos, 35
hace muy gran cabalgada,
y a las puertas de Alcalá,
que la real se llamaba,
los cristianos y los moros
una escaramuza traban. 40
Los cristianos eran muchos,
mas llevaban orden mala;
los moros, que son de guerra,
dádoles han mala carga,
de ellos matan, de ellos prenden,
45
de ellos toman en celada.
Con la victoria, los moros
van la vuelta de Granada;
a grandes voces decían:
-¡La victoria ya es cobrada! 50

Romance de Abenámar

-¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma, 5
la luna estaba crecida:
moro que en tal signo nace:
no debe decir mentira.
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía: 10
-Yo te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho 15
mi madre me lo decía:
que mentira no dijese,
que era grande villanía;
por tanto pregunta, rey,
que la verdad te diría. 20
-Yo te agradezco, Abenámar,
aguesa tu cortesía.
¿Qué castillos son aquéllos?
¡Altos son y relucían!
-El Alhambra era, señor, 25
y la otra la mezquita,
los otros los Alixares,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día, 30
y el día que no los labra,
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía.
El otro Torres Bermejas, 35
castillo de gran valía.
Allí habló el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:
-Si tú quisieses, Granada,
contigo me casaría; 40
darete en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.
-Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene 45
muy grande bien me quería.

Romance de la pérdida de Alhama

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla
-¡Ay de mi Alhama! 5
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada.
Las cartas echó en el fuego,
y al mensajero matara.
-¡Ay de mi Alhama! 10
Descabalga de una mula
y en un caballo cabalga,
por el Zacatín arriba
subido se había al Alhambra.
-¡Ay de mi Alhama! 15
Como en el Alhambra estuvo,
al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añafles de plata.
-¡Ay de mi Alhama! 20
Y que las cajas de guerra
aprieta toquen el arma,
porque lo oigan sus moros,
los de la Vega y Granada.
-¡Ay de mi Alhama! 25
Los moros, que el son oyeron,
que al sangriento Marte llama,
uno a uno y dos a dos
juntado se ha gran batalla.
-¡Ay de mi Alhama! 30
Allí habló un moro viejo,
de esta manera hablara:
-¿Para qué nos llamas, rey?
¿Para qué es esta llamada?
-¡Ay de mi Alhama! 35
-Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.
-¡Ay de mi Alhama! 40
Allí habló un alfaquí,
de barba crecida y cana:
-Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara
-¡Ay de mi Alhama! 45
-Mataste los Bencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.

-¡Ay de mi Alhama! 50
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada.
-¡Ay de mi Alhama! 55

Romance del cerco de Baeza

Cercada tiene a Baeza
ese arráez Andalla Mir,
con ochenta mil peones,
caballeros cinco mil.
Con él va ese traidor,
el traidor de Pero Gil.
Por la puerta de Bedmar
la empieza de combatir;
ponen escalas al muro,
comiéndanle a conquistar;
ganada tiene una torre,
no le pueden resistir,
cuando de la de Calonge
escuderos vi salir.
Ruy Fernández va delante,
aquese caudillo ardil,
arremete con Andalla,
comienza de le ferir,
cortado le ha la cabeza,
los demás dan a fuir.

3.- ROMANCES LÍRICOS

Romance del Enamorado y la Muerte

Yo me estaba reposando,
durmiendo como solía,
soñaba con mis amores,
que en mis brazos los tenía.
Vi entrar señora tan blanca,
más aún que la nieve fría.
-¿Por dónde has entrado, amor?
¿Cómo has entrado, mi vida?
Las puertas están cerradas,
ventanas y celosías.
-No soy el amor, amante;
la Muerte que Dios te envía.
-¡Ay, Muerte tan rigurosa;
déjame vivir un día!
-Un día no puede ser,
una hora tienes de vida.
Muy deprisa se calzaba,
más deprisa se vestía;
Ya se va para la calle,
en donde su amor vivía.
-¡Ábreme la puerta, blanca;
ábreme la puerta, niña!
-¿Cómo te podré yo abrir,
si la ocasión no es venida?
Mi padre no fue al palacio;
mi madre no está dormida.
-Si no me abres esta noche,
ya no me abrirás, querida.
La Muerte me está buscando;
junto a ti vida sería.
-Vete bajo la ventana
donde labraba y cosía;
te echaré cordón de seda
para que subas arriba,
y si el cordón no alcanzare,
mis trenzas añadiría.
La fina seda se rompe;
la Muerte que allí venía:
-Vamos, el enamorado,
que la hora ya está cumplida.

Romance del prisionero

Que por mayo era, por mayo,
cuando hace el calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día,
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un balletero;
dele Dios mal galardón.

Romance de rosa fresca

¡Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando yo os tuve en mis brazos,
non vos supe servir, non;
y agora que vos servía
non vos puedo yo haber, non!
- Vuestra fue la culpa, amigo,
vuestra fue, que mía non;
enviáste me una carta
con un vuestro servidor,
y, en lugar de recaudar
él dijera otra razón:
que érades casado amigo,
allá en tierras de León;
que tenéis mujer hermosa
e hijos como una flor.
- Quien vos lo dijo, señora,
non vos dijo verdad, non;
que yo nunca entré en Castilla
ni allá en tierras de León,
sino cuando era pequeño,
que non sabía de amor.

Yo me levantara, madre

Yo me levantara, madre,
mañanica de San Juan,
vide estar una doncella
ribericas de la mar.
Sola lava y sola tuerce,
sola tiende en un rosal;
mientras los paños se enjugan
dice la niña un cantar:
-¿Dó los mis amores, dó los,
¿dó los andaré a buscar?
Mar abajo, mar arriba,
diciendo iba el cantar,
peine de oro en las sus manos
por sus cabellos peinar:
-Dígame tú, el marinero,
sí, Dios te guarde de mal,
si los viste mis amores,
si los viste allá pasar

Triste está la reina, triste,

Triste está la reina, triste,
triste está, que no reyendo,
asentada en su estrado
franjas de oro está tejiendo,
las manos tiene en la obra
y el corazón comidiendo,
los pechos le están con rabia
ansiosamente batiendo,
lágrimas de los sus ojos
hilo a hilo van corriendo,
palabras muy lastimeras
por su boca está diciendo.

4.- ROMANCES NOVELESCOS

Romance del Infante Arnaldos

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de seda,
la ejarcia de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar,
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
“- Por tu vida, el marinero
dígasme ora ese cantar.”
Respondiole el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
“-Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va”.

Romance del conde Olinos

Conde Olinos por amores
es niño y bajó a la mar,
fue a dar agua a su caballo
la mañana de San Juan.
Desde las torres más altas
la reina le oyó cantar:
-Mira, niña, cómo canta
la sirenita del mar.
-No es la sirenita, madre,
que ésa tiene otro cantar:
es la voz del conde Niño
que por mí llorando está.
-Si es la voz del conde Niño
yo le mandaré a matar,

que para casar contigo
le falta sangre real.
- No lo mandes matar, madre,
no lo mande usted matar,
que si lo manda matar, madre,
juntos nos han de enterrar.
Guardias mandaba la reina
al conde Niño buscar,
que le maten a lanzadas
y su cuerpo echen al mar.
Él murió a la media noche
y ella a los gallos cantar;
a ella, como hija de reyes,
la entierran en el altar
y a él, como hijo de condes,
tres pasitos más atrás.
De ella nació una rosa
y de él un tulipán;
la madre, llena de envidia,
ambos los mandó cortar.
De ella nació una paloma,
de él un fuerte gavilán.
Juntos vuelan por el cielo,
juntos vuelan par a par.

Blanca-niña

Blanca sois, señora mía,
más que el rayo del sol,
¿si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor?
Que siete años había, siete,
que no me desarmo, no;
más negras tengo mis carnes
que un tiznado carbón.
-Dormidla, señor, dormidla,
desarmado sin temor,
que el conde es ido a la caza
a los montes de León.
-Rabia le mate los perros
y águilas el su halcón,
y del monte hasta casa
a él arrastre el morón.
Ellos en aquesto estando
su marido que llegó:
-¿Qué hacéis, la blanca niña,
hija de padre traidor?
-Señor, peino mis cabellos,
péinolos con gran dolor,
que me dejáis a mí sola
y a los montes os vais vos.

-Esas palabras, la niña,
no era sino traición:
¿Cúyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?
-Señor, era de mi padre,
y enviolo para vos.
-¿Cúyas son aquellas armas
que están en el corredor?
-Señor, eran de mi hermano,
y hoy vos las envió.
-¿Cúya es aquella lanza,
desde aquí la veo yo?
-Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.

Romance de la ermita de San Simón

En Sevilla está una ermita
cual dicen de San Simón,
adonde todas las damas
iban a hacer oración.
Allá va la mi señora,
sobre todas la mejor,
saya lleva sobre saya,
mantillo de un tornasol,
en la su boca muy linda
lleva un poco de dulzor,
en la su cara muy blanca
lleva un poco de color,
y en los sus ojuelos garzos
lleva un poco de alcohol,
a la entrada de la ermita,
relumbrando como el sol.
El abad que dice misa
no la puede decir, no,
monacillos que le ayudan
no aciertan responder, no,
por decir: amén, amén,
decían: amor, amor.